

22º Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C

La grandeza de los humildes

Nuestro Padre del Cielo, nos recibe en su casa cada domingo. Y Él quiere que, por nuestra parte, todos nos acojamos mutuamente alrededor de su mesa y en la vida de todos los días. Su Hijo Jesús desea que nos amemos los unos a los otros como Él mismo nos ha amado.

Volvámonos hacia el Padre, ahora para que Él nos disponga a imitar al Hijo, Jesús quien ha vivido la humildad y la recomendaba. Imitarlo, es seguir el camino del Reino en el olvido de sí mismo y en el amor desinteresado.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (14,1.7-14):

Un sábado, entró Jesús en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiando. Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso esta parábola: «Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que os convidó a ti y al otro y te dirá: "Cédele el puesto a éste." Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: "Amigo, sube más arriba." Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

Y dijo al que lo había invitado: «Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos.»

Palabra del Señor

“Sin hacer diferencias”

Muy a menudo los evangelios nos hablan de la presencia de Jesús en un banquete o alguna comida. Él comenzó su ministerio público con una comida de fiesta de bodas. Recordémoslo, fue en Caná de Galilea. Y termina su vida pública con la cena de Pascua. A lo largo de los evangelios, encontramos al maestro en casa de los fariseos,

pero también en la casa de Zaqueo, en la residencia de Marta y María y en muchas otras. De otra parte, sus enemigos no dudan en burlarse de él: “miren un comilón y un borracho” (Lucas 7,34). Es verdad que Jesús no desprecia ninguna invitación, ni de sus amigos, ni tampoco de sus adversarios que buscaban tenderle trampas.

A veces somos invitados a banquetes y comidas especiales, por ejemplo, cuando hay matrimonios, un bautismo, un cumpleaños, o simplemente cuando comemos con los amigos o familiares. Cuando estamos comiendo y hemos aceptado la invitación, sabemos que lo más importante no es tanto comer sino el hecho de estar juntos. Compartir una comida es mostrar la alegría de estar reunidos, es compartir la amistad, la vida, las ideas, los sueños e ilusiones y también las penas. Para Jesús una comida es justo eso y bien mucho más. Si Él acepta las invitaciones a comer, es para decir a todos y a cada uno que ellos son amados por Dios. Él quiere llevar la Buena Nueva del Evangelio tanto a fariseos como a los publicanos. Él quiere salvar a toda la humanidad; es por esta razón que Él acepta todas las invitaciones, tanto de pobres como de ricos, como de pecadores y de justos, de sus amigos y enemigos... Su amor se ofrece a todos, sin hacer diferencias.

Cierto día, un viejo maestro preguntaba a uno de sus discípulos: “¿Dónde está Dios?” El discípulo le respondió: “Él está en todas partes”. A lo que el Maestro replica: “No, Él está donde se le invita”, en casa del notable, del más pequeño, en casa del pobre como del rico. Y si queremos que Él esté en nuestra casa, debemos invitarlo, escucharle y acoger su palabra. Jesús viene a mi casa, entra en mi vida si yo le invito. Él se ha valido también de una comida para estar con nosotros. La Eucaristía es el maravilloso festín al cual nos invita y se hace presente para compartirnos su Palabra y su pan. Ahí, nos repite o reitera su amor fiel. Allí, nos hace vivir con Él como hijos de Dios y como hermanos entre nosotros. La Eucaristía es la comida o el banquete más importante (de la vida, de la semana, del año) al cual podemos ser invitados ya que Dios es quien nos acoge.

En el evangelio de este domingo, Jesús nos deja unas recomendaciones bien precisas. Y observa que algunos invitados buscan espontáneamente las plazas de honor. En la vida, esto pasa con regularidad. Esta tendencia a buscar el prestigio, los honores, el poder, es algo terrible. Este orgullo nos encierra en nosotros mismos y nos impide de abrirnos a Dios y a los otros. Hoy, Jesús nos invita a la humildad ya que quiere evitarnos las humillaciones.

La humillación fábrica o crea humillados, excluidos, personas oprimidas, pisoteadas por los poderosos de este mundo. Al contrario, la humildad fabrica humildes, que no es la misma cosa. Aquel o aquella que es HUMILDE permanece enteramente abierto (a) (disponible para) a Dios y a los otros. La verdadera humildad consiste en saber que yo cuento mucho ante la mirada de Dios, que yo soy precioso, tengo un gran valor para El, no a causa de mis méritos, sino más bien porque Él me ama.

En adelante, no hay plaza o puesto para escoger, o más bien, no hay que un solo puesto, aquel que ocupa Jesús y que quiere compartir con nosotros. Este puesto, es el de servidor. Lo hemos visto la tarde del jueves santo cuando lavó los pies de sus discípulos. Y hoy en el mundo son muchísimos, aquellos que ocupan este lugar poniéndose al servicio de los pequeños, de los marginados y de todos aquellos que han perdido todo por las catástrofes y/o desastres naturales, por verse obligados a dejar su tierra, su patria, sus posesiones, su familia. Lo importante es que permanezcamos en ropa de trabajo, en uniforme de servicio, siempre atentos a los demás. A través de ellos, es Jesús quien se hace presente. Si sabemos acogerlo, Él nos ha prometido que un día se pondrá el uniforme de trabajo y /o de servicio para servirnos a cada uno a nuestro turno. Él quiere que nosotros estemos con Él en el corazón del Padre. Este es el banquete eterno anunciado por sus comidas en la tierra.

ORACION

Señor, Tú no has venido para ser servido sino para servir. Tú te has hecho el último. Tú que conoces nuestro orgullo y nuestros deseos de grandeza, te pedimos: Muéstranos la alegría que hay al dar la vida por aquellos que amamos para que lleguemos todos a experimentar la felicidad de tu Reino. Amen

*P. GUSTAVO QUICENO JARAMILLO. MXY
COLOMBIA- 2022*

Referencias bibliográficas:

<http://vieliturgique.ca>

<http://prionseneglise.ca>

Hétu, Jean-Luc. Les Options de Jésus.

<http://mystereetvie..com>